

CULTURA

Un libro narra la historia de algunos de los miles de niños desprotegidos torturados en internados franquistas

Infancia de terror

CARMEN MORÁN. Madrid
Los delitos prescriben, pero las víctimas se mantienen. Los fantasmas del niño que sufrió abusos sexuales en un oscuro internado vuelven muchas noches a visitar al jubilado que es ahora; hay quien no pudo nunca hacer una vida de pareja y otros que se sienten en paz si un obispo les confirma que ningún Dios amparaba aquellas torturas. Eran de carne y hueso los que durante décadas machacaron la infancia de miles de niños recogidos en internados franquistas, donde no había más ley que las palizas, la humillación y el adoctrinamiento. "Eran niños desvalidos, huérfanos, hijos del pecado, de familias pobres... El régimen creaba la situación de vulnerabilidad, con padres en la cárcel, fusilados, madres solteras repudiadas... y después hacía propaganda con la protección de la infancia en aquellos centros donde muchos fueron torturados", resumen los periodistas de TV-3 Montse Armengou y Ricard Belis, que han recogido estas historias en un documental y un libro.

Los internados del miedo (Now Books) recopila las penurias de aquellos niños y relata la actitud de sus agresores, los que vestían sotana y los funcionarios que permitieron que el delito fuera una forma de vida consagrada por Dios.

Como el que pone rombos a una película, los autores advierten de que las historias que narran no se refieren a los terribles usos pedagógicos de la época, las palizas que a veces se daban en el seno de la propia familia. No. "Eran niños a los que quemaban sus partes o les ortigaban por haberse meado en la cama, o niñas obligadas a comer sus vómitos, el que les había producido un brebaje asqueroso", recuerdan. Alguno murió de una paliza: simplemente desaparecía del centro después de que sus compañeros fueran



Alumnos en formación ante un sacerdote en una fotografía de *Los internados del miedo*.

testigos de un mal golpe que lo estrelló contra la pared y cayó inconsciente. Otros pasaron dos horas y media en un baño de agua helada en pleno invierno: los sacaban de color azul. Armengou sentencia: "Torturas".

Todo recaía casi siempre en los mismos, hijos de los represaliados políticos, de madres solteras, los más desprotegidos. Sin red familiar a la que aferrarse, algunos de aquellos internos anudaron amistades que siguen perdurando hoy en día. Como la de José y Ángel: "Lea usted mi blog, ahí está todo", dice José Sobrino, remiso a recordar otra vez, en es-

ta ocasión por teléfono, el sufrimiento de antaño. Pero después se arranca y ya no hay quien lo pare; se desahoga, como en un impulso oral de venganza que ni pide ni quiere ejercer. El niño José, tras aguantar los abusos y maltratos de algunos curas en el cole-

gio San Fernando de Madrid, fue vendido por 100.000 pesetas a un hombre de León que se lo llevó de criado para su vaquería. "¿Que si tengo pruebas? Pero si yo estaba en la habitación de al lado cuando don Fernando Bello negociaba con él... Me vendieron como a un esclavo a los 12 años y, al poco tiempo, el amo me dio una paliza que me rompió la ceja y el tabique nasal. ¿Por qué? Por nada. Me encontró en un camino donde no le gustó que estuviera. Nada más. Estaba tan triste, amargado y humillado que no quería vivir. Que me pegase un día un golpe mal dado y me que-

dase en el sitio era lo que quería", rememora.

Aquel internado de San Fernando dependía de la Diputación de Madrid. Por eso Sobrino quiere que el Estado pida perdón por tolerar todo aquello. "La dictadura hizo bien su trabajo de represión, de adoctrinamiento y olvido. Es la democracia la que lo está haciendo mal", inciden los autores del libro. "Esto ya no es una democracia joven; no se puede esperar más a que pidan perdón, tienen que hacerlo como ha ocurrido en otros países", insiste Belis.

Las manos del cura

Ángel Niella pasó internado cinco años en San Fernando, desde donde vio partir un día a su amigo José, hartos los dos de aquel cura que los sentaba a su lado en una butaca antes de proyectar una película. "Yo hacía faenas para estar castigado cuando había cine"; dice Sobrino; era entonces, al apagarse la luz, cuando el cura tenía las manos más largas que nunca.

A Ángel le quedan recuerdos tan amargos como a su amigo. Sufrió lo indecible porque mojaba la cama por las noches, así que salía a paliza diaria. Le ponían boca abajo sobre el colchón, con los brazos y las piernas abiertas formando una equis y le golpeaban con un palo en los testículos y en el culo. Duchas frías, el timpano reventado de las bofetadas, días sin comer buscando en la basura...

Ángel no pudo casarse nunca: "No quisé; creo que podría haber hecho mucho daño a mi pareja. Cuando la he tenido, al final he acabado cortando, pero nunca contaré por qué. Tampoco he querido ir a psicólogos, no puedo ahondar en el tema". Solo las pesadillas siguen visitándole algunas noches.

La Guerra Civil en cómic

José Pablo García convierte la obra de Preston sobre el conflicto en novela gráfica

MANUEL MORALES. Madrid
El ilustrador y dibujante José Pablo García (Málaga, 1982) sintió vértigo cuando le propusieron convertir en viñetas *La Guerra Civil española*, el clásico del hispanista inglés Paul Preston sobre el conflicto fratricida. A la editorial Debate le había gustado su primera obra, *Las aventuras de Joselito*, que recreaba la vida del niño prodigio del cine español, pero esto eran palabras mayores. "Fui el primer sorprendido, porque el tema me daba respeto. Dije que si inconscientemente", bromea García, quien no había leído la obra de Preston (Liverpool, 1946).

García sintetizó el ensayo en una novela gráfica de 240 páginas. "No he alterado nada; me he mantenido fiel al espíritu de la obra", señala. Incluso ha respetado los capítulos y tiempos del estudio, que se remonta a co-

mienzos del siglo XIX para explicar cómo se fraguó la tragedia. El propio Preston supervisó el proceso y "solo en un par de ocasiones", dice García, le pidió que cambiase detalles de sus viñetas, lo que para el dibujante supuso una satisfacción.

Lo más complicado de estos siete meses de trabajo fue "recrear escenas de las que apenas había imágenes". Y lo que más le llamó la atención, que algunos personajes jóvenes parecían mayores en las fotos que manejó, como el dirigente comunista Santiago Carrillo.

Ahora que van a cumplirse 80 años del golpe de Estado que degeneró en guerra civil, el historieta defiende que su trabajo "es un libro divulgativo, dirigido a todo tipo de públicos, excepto el infantil". A él también le ha servido para aprender la historia de un desastre que conocía,

Después de su nombramiento como jefe del Gobierno del Estado español, Franco se ocupó de neutralizar las amenazas a su liderazgo personal en los distintos grupos políticos derechistas.



Viñeta de la adaptación a novela gráfica de *La Guerra Civil española*, de Paul Preston. / JOSÉ PABLO GARCÍA

sobre todo por las batallas, pero desconocía, por ejemplo, aspectos como las luchas internas vividas en el PSOE.

El empuje de los nacionalismos, la lucha de los campesinos por la tierra, los militares golpistas con Franco a la cabeza, el papel del fascismo y el anarquismo, la renuncia a intervenir de las potencias democráticas europeas, las matanzas, las peleas intestinas en el bando republicano, la actitud de la Iglesia, el

avance de los rebeldes hasta el aplastamiento de la República o la atroz represión de la psogueerra se van concatenando en este relato de Preston y García.

El tono entre sepia y anaranjado del volumen ofrece la sensación de tiempo pasado. De sus hechos preferidos, se queda con la narración de "los días previos al alzamiento, en el que el presidente del Gobierno, Santiago Casares Quiroga, recibe evidencias de que la conspiración está en

marcha, pero, por ingenuidad o debilidad, se niega a verlo".

Bajando al terreno de los personajes, García se queda con el líder del Partido Radical, el populista Alejandro Lerroux, un político pendular que apoyaba a uno u otro partido según sus intereses: "Me parece un personaje humorístico, a pesar de lo que le rodea". Así fue el trienio de terror en un país que, como dice Preston, tiene "tendencia a ver al que discrepa como enemigo".